

LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA URUGUAYA: CARICATURAS HOMOFÓBICAS Y MOVIMIENTOS HOMOSEXUALES

DIEGO SEMPOL

I. INTRODUCCIÓN

Durante el proceso de “transición democrática” en Uruguay que se desarrolla entre 1980 y 1990 surgieron por primera vez organizaciones que luchan por los derechos de los homosexuales y lesbianas. Estas organizaciones, si bien tuvieron un peso político relativo, lograron definir “procesos enmarcadores” (McAdam, McCarthy, Zald, 1999:27) y se posicionaron en la esfera pública exigiendo “respeto”, derechos civiles y el cese de la represión policial. Así, mientras la democracia para algunos sectores sociales y políticos se había instalado y era hora de comenzar a defenderla, para otros, como las organizaciones homosexuales y lésbicas, el proceso era mucho más ambiguo y aún incompleto. Su acción política y social expuso con claridad los límites del discurso democratizador producido durante la “transición a la democracia” en Uruguay (la contradicción entre su discurso inclusivo y sus prácticas discriminatorias), así como reveló las nociones de género y sexualidad que estaban implícitamente operando en las nuevas construcciones ciudadanas producidas a partir de los años ochenta.

Por ello, el objetivo de este artículo es analizar las representaciones sobre la homosexualidad que existieron durante los años ochenta en Uruguay a través de las caricaturas humorísticas aparecidas en dos revistas de gran circulación por esos años (*El Dedo* y *Guambia*) y las estrategias desplegadas por las organizaciones homosexuales para enfrentarlas. El discurso humorístico resulta una fuente muy útil desde el punto de vista histórico para desentrañar los modelos reivindicados por el binarismo heterocentrado (Butler 1991) en este período.

2. UN POCO DE HISTORIA

En Uruguay, la victoria del No en el plebiscito de 1980 (en el que se sometió a votación un proyecto constitucional a favor de la dictadura) fue seguido dos años más tarde por las elecciones internas en el Partido Colorado y el Partido Nacional,¹ y luego por la discusión de la “salida” de la dictadura, a través de continuas y fuertes negociaciones entre los partidos políticos (incluyendo parte de la izquierda no proscripta²) y las Fuerzas Armadas. A partir de 1982 comienzan a aparecer varias organizaciones sociales (estudiantes, cooperativistas, sindicatos) que trabajan a favor de la democracia e incrementan la movilización social.

La transición democrática (1985-1989) tuvo un carácter “restaurador” en todos los niveles, incluso en el simbólico. En ese sentido, el sociólogo Bayce (1989:53) tematizó este rasgo distintivo señalando: “el intento llevaba el sello de la nostalgia y la búsqueda de la restauración de la cultura y estilo político clásicos aprovechando la identidad negativa surgida de la miopía comunicacional del plan militar”.

La cultura militante antidictatorial (hegemonizada por sectores de izquierda, aunque contó de todas formas con la participación de importantes sectores juveniles del Partido Colorado y el Partido Nacional) difundió una construcción martiroológica de los y las activistas sociales, que apeló a un fuerte componente de “héroe de bronce”, señalando los mismos rasgos y virtudes tanto para hombres y mujeres, lo que implicó en los hechos que los y las “luchadores/as sociales” eran así masculinos y heterosexuales. De todas formas, estas representaciones se enfrentaban a la aparición de un movimiento feminista que ganó la calle durante 1983 y 1984 (Prates y Villamil 1985) e instaló el debate público sobre la subordinación social de las mujeres y su exclusión de la actividad política. Paralelamente, durante este período se venían produciendo importantes transformaciones sociales que impactan en la organización familiar y en la relación entre los géneros: la transición de un modelo familiar de “proveedor único del ingreso familiar” a otro de “aportante múltiple” (Filgueiras 1992) y el crecimiento significativo de la diversidad de arreglos familiares (unipersonales, “nido vacío”, jefatura femenina casi en el 50% de los estratos sociales más bajos y familias extendidas). También durante los ochenta tuvo lugar la llamada “revolución de los divorcios” (Cabella 1999:17) debido a la precocidad creciente de las rupturas matrimoniales, y la extensión de este fenómeno a los matrimonios de duración más avanzada. Este cambio se manifestó con particular virulencia a partir de la década del 80: el Indicador Coyuntural de Divorcialidad establece para 1984 que 2 de cada 10 matrimonios se divorcian, hasta subir a tres en 1994. Una configuración social que se revela así compleja, llena de transiciones e intentos de restauración.

Fue en este contexto patriarcal y de crisis de la institución del matrimonio, en el marco de una gran oleada de movilizaciones sociales, que tuvo lugar la aparición por primera vez de una organización homosexual: la Fundación Escorpio del Uruguay (grupo de acción y apoyo homosexual) se creó el 22 de setiembre de 1984, el último

año de la dictadura. La violación de los derechos humanos de los homosexuales y lesbianas fue uno de los motivos que promovió su aparición: de hecho, el núcleo fundador de Escorpio se juntaba periódicamente en un boliche en 18 de Julio, motivo por el cual comenzaron a ser sistemáticamente acosados y extorsionados por la policía.

La persecución de la que eran objeto los homosexuales y lesbianas durante la transición democrática fue denunciada por *Escorpio*, y se optó por distribuir volantes con información clave para las personas que experimentaban estos apremios. Durante este período, la homosexualidad sigue siendo un asunto policial. La represión era frecuente, así como el abuso de autoridad y las razzias,³ algo que se prolongó hasta principios de los años noventa.

Además, el discurso de *Escorpio* introdujo desde el principio la idea de que “la sexualidad no sea el factor que defina la personalidad humana” y que la “homosexualidad” es una “opción de vida más”. En 1985, el pensador y escritor Uruguay Cortazzo lo planteaba en estos términos:

(...) la cuestión de la sexualidad libre no gira en torno a la discusión sobre qué es salud y qué patología. La discusión debe ser desplazada al debate sobre la posibilidad de optar, es decir sobre la libre elección erótica que iría desde la ‘castidad’ hasta la ‘lujuria’, pasando por lo homo, la hetero o la bisexualidad, la mono y la poligamia. Y para esto hay que politizar al sexo. (*Jaque* 21-11-85:46)

La exclusión de esta temática, tanto entre las organizaciones sociales de izquierda como entre los partidos políticos tradicionales, fundó desde el inicio una lectura estratégica que posicionaba al movimiento homosexual y lésbico al margen del sistema político. Cortazzo denunciaba en otro artículo:

(...) es innegable que “lo homosexual” se está transformando ya en un símbolo productor de reflexión para la sociedad toda: por su porfiada resistencia que proclama la legitimidad y libertad del deseo individual frente a toda compulsión restrictiva, pueden entreverse allí los fundamentos de una nueva concepción de la persona social. (...) en una nueva ofensiva, más profunda esta vez, contra los autoritarismos patriarcales homogenizantes de izquierdas y derechas. (*Jaque* 23-07-86:24)

Escorpio y también la organización Somos (1986) escaparon así a la tendencia internacional de los años ochenta, que apeló a un uso estratégico de la noción de “orientación sexual” que silenciaba la bisexualidad y las identidades en movimientos. Las metas de Escorpio eran integrarse y consolidar la noción de democracia en un contexto fuertemente restauracionista que bloqueó cualquier propuesta social o política que continuara hablando de cambio social. Y además, luchar por la dignidad y el respeto, lo que lo llevaría a criticar duramente las representaciones sociales sobre la homosexualidad que circularon en la sociedad uruguaya durante este período.

3. CARICATURAS Y HOMOFOBIA

En Uruguay existe una fuerte tradición de caricatura política y costumbrista, que durante el período de transición a la democracia se agudizó debido a la existencia de fuertes mecanismos de censura. El humor gráfico contribuyó al extrañamiento de amplios sectores de la población uruguaya con respecto a las creencias, valores y símbolos impuestos por el régimen dictatorial, definiendo una serie de referentes simbólicos que delimitaron la pertenencia a la corriente social democrática. Para sortear la censura, este género buscó apelar a una serie de sentidos y valores compartidos, apropiándose de ellos y reforzándolos.

La revista *El Dedo* (29 de julio 1982-febrero 1983), dirigida y editada por Antonio Dabezies, intentó generar una brecha en la dictadura, pero cuando estaba por salir la edición número 8, con un tiraje de 50 mil ejemplares, fue clausurada en forma definitiva por el régimen dictatorial. En junio de 1983 apareció entonces *Guambia* (1983-2000), dirigida por el periodista Nelson Caula, que contrató al staff de *El Dedo*. Elegimos para analizar ambas publicaciones porque fueron un referente para los movimientos sociales y el sistema político durante los años ochenta, así como se volvieron las publicaciones periódicas con mayor circulación durante estos años. Ambas publicaciones incluían caricaturas, historietas, notas y entrevistas periodísticas, así como relatos humorísticos, y reflejaban un criterio editorial muy cercano a la izquierda política.

Las ilustraciones y caricaturas encierran una gran capacidad de síntesis a través de la utilización de elementos expresivos que permiten a los lectores asimilar con rapidez y en forma esquemática los sentidos presentados como reales. Los personajes homosexuales, llamados en la publicación “carolos”, “trollos”, “maricones”, “mariposones”, aparecen definidos por un conjunto bastante estable de características durante todo el período comprendido entre 1983 y 1992. Desde el punto de vista corporal (véase Figura 1) se los presenta totalmente feminizados (brazos en jarra, muñecas quebradas, cadera quebrada, colas pronunciadas y marcadas, ausencia de pene, mirada frenética, uñas largas, ansiosos y poseídos por un frenesí sexual y una sonrisa siempre nerviosa).

La vestimenta que utilizan es la culturalmente atribuida al sexo femenino o revelan una situación de transición, a mitad de camino entre lo masculino y lo femenino: así, usan camisas con palmeras, zapatos con taco, tangas diminutas en la playa, pantalones muy justos, pañuelos en el cuello, top y aparecen con un marcado gusto por el color rosa y por la ropa: “¡Te ganaste la *maya* rosa!”, dice un personaje, y el otro le contesta: “¡con un shorcito fucsia te combina mejor!” (*Guambia*, Año IV, Nro. 68, abril, 1987:47).



Figura1. El homosexual afeminado y crispado (*Guambia*, Año IV, Nro. 53, julio 1986:27)

Además, la mayoría de estos personajes utiliza maquillaje, lápiz labial, caravanas, lentes grandes, pestañas maquilladas, collares y el pelo recogido atrás o con peinados ambiguos. Los personajes, cuando hablan, siempre utilizan expresiones onomatopéyicas y adjetivos muy expresivos: “¡ayy bruta!”, “¡Qué brutal!, ¡Qué divino!”, “¡Mirá pototo!” (*Guambia* Año IV N53 Julio/1986:27) o una forma particular de pronunciación: “¡Shegamos!” (*Guambia* Año III. N 41:55).

La caricatura homofóbica, como señala Eribon (1994:103), presenta un “retrato de grupo”, intentando definir un colectivo mediante rasgos que sean reconocibles por todos, volviendo así el dibujo de un hombre afeminado representativo de los homosexuales masculinos, aunque esto no corresponda con la realidad. La utilización en el humor de los estereotipos no es una novedad. Como señala Possenti (1987), existen dos razones para esta apelación casi automática en el género humorístico: por un lado, el estereotipo alude a un orden cognitivo que facilita la interpretación instantánea y, por otro, al ser generalmente negativos pasan a ser constitutivos del propio género humorístico.

En ese sentido, Eco (1968) subrayó cómo esa repetición de contenidos o formas servía como un recurso estilístico y estratégico para preservar el contenido de las obras

en la memoria del público pese a su carácter efímero. Más recientemente, Homi Bhabha (1994) señaló cómo la utilización de estereotipos permite la fijación de grupos y papeles sociales, atando valores y denominaciones a un objeto particular mediante la creación de una identidad en forma esencialista, que permite unificar al grupo bajo una perspectiva atemporal.

Los estereotipos son construcciones producidas por un grupo para aquel que funciona siendo el otro. Pero esta relación interdiscursiva se oculta cuando la confrontación no aparece en la caricatura misma y “el efecto es la impresión de que el estereotipo es universal, que no tiene condiciones históricas de producción, o por lo menos que estas condiciones no incluyen efectivas relaciones de confrontación con una alteridad” (Possenti, 1987:3).

En este sentido, es importante ver el humor como fruto de lo interdiscursivo, pero también en relación directa con algunos acontecimientos que exigen, para comprenderlo, apelar al proceso histórico en el que está inmerso. En ese sentido, las transformaciones en el sistema familiar, el incremento de los divorcios y la aparición de organizaciones feministas produjeron un impacto profundo y ciertas inestabilidades en el modelo de “masculinidad hegemónica” (Connell, 1995:116-117). Tan es así que este tema aparece una y otra vez en las publicaciones a través de artículos y caricaturas. *El Dedo* llegó incluso a tener una columna permanente llamada “El dedo macho. Una voz varonil por la liberación masculina”.

El fenómeno no hace más que incrementarse una vez producida la transición a la democracia: (...) “Respecto a la discriminación sexual en la concesión de empleos, somos los varones la principal víctima. Doy fe de haber perdido tres posibilidades de trabajo al tener que competir con jóvenes gacelas de apetecibles formas” (*Guambía* Año II, Nro. 31, mayo 1985:36).

Las transformaciones sociales produjeron tensiones; y más allá del humor y la estrategia discursiva de invertir los reclamos de las organizaciones feministas, existe un intento de expresar cierto desosiego y añoranza de la situación previa:

No nos sentimos machistas. Simplemente defendemos los derechos de una inmensa masa de compatriotas que en el anonimato sufre de alegatos a favor de los derechos de las mujeres en vez de un mimo, de análisis antropológicos en vez de morbo, de teorías biológicas en vez de libido, y de un exceso de igualdad que nos hace olvidar aquellas diferencias que descubrimos en el jardín de infantes... ¿se recuerdan que hay algo que ustedes no tienen y nosotros tenemos? A ver: hagan memoria...” (*Guambía* Año IV, Nro. 78, diciembre 1987:27)

La llegada de un supuesto “destape” al Uruguay produjo el temor de que se editaran a nivel local fenómenos como los vividos durante la transición a la democracia en España. De hecho, un cronista en Madrid hacía esta mirada montevideana del proceso español:

El post-destape ha cambiado bastante las relaciones entre los sexos (todas las combinaciones eh). Es frecuente ver una pareja “gay” de la mano, pero una común anda a los empujones. Los hombres tratan a las mujeres con dulzura y suavidad (yo diría caute-la). Ellas, en cambio, son bochincheras, gritonas, y sin pelos en la lengua. El famoso “macho” latino, es una especie en vías de extinción (aquí por lo menos)... (*Guambia* Año IV, Nro. 53, julio 1986:33)

Durante la transición democrática se visibilizaron modelos de masculinidad subordinados y marginados (Connell 2003:118-121), lo que unido a los cambios sociales profundos ya reseñados parece haber reforzado la presencia de un discurso homofóbico. Esto es fácilmente detectable analizando ambas publicaciones desde el punto de vista meramente cuantitativo: mientras en *El Dedo* la presencia de caricaturas sobre homosexuales hombres, a diferencia de las lesbianas que están invisibilizadas, es prácticamente inexistente, en *Guambia* su presencia se incrementa a partir de 1985 hasta llegar a tener dos o tres ilustraciones en cada edición que introducen el tema. ¿A qué obedece este crecimiento significativo del uso de estereotipos sobre la homosexualidad masculina?

Siguiendo los planteos freudianos (1988), la risa puede ser entendida como un movimiento agresivo que pone en evidencia que el que ríe busca sentirse superior al objeto que provoca, un mecanismo de separación ante el otro con el que no quiere identificarse. Los crecientes cuestionamientos al modelo de masculinidad tradicional y la creciente crisis de las instituciones que lo amparaban parecen haber encontrado su punto de fuga en el reforzamiento de la condena de la homosexualidad.

La homosexualidad masculina fue interpretada como feminización, que reproduce así una ideología de género rígida y excluyente que tiende a atar identidades de género a la anatomía en un esquema polar basado en diferencias irreconciliables. En este modelo, la sexualidad masculina es activa y jerárquica, mientras que la femenina es receptiva, sumisa y pasiva. La masculinidad se define así por su oposición a lo femenino.

Esta masculinidad hegemónica amenazada se apropia del derecho de naturalizar su punto de vista y de nominar otras masculinidades y la feminidad aplicando sus propios sentidos y valores, silenciando el contexto histórico de la producción discursiva y el debate mediante una suerte de universalización de los rasgos del otro cons-truido. La intención es reforzar la estratificación de los géneros, cuyo sustento radica en que la diferencia depende antes que nada de las diferencias anatómicas, lo que permite construir una feminidad y masculinidad esencialistas y atemporales.

El humor pasa así a ser un campo de batalla en donde muchas veces se subvierten los valores aceptados mediante la creación de “tipos sociales (Deleuze y Guattari 1991:67) que buscan “tanto en las circunstancias más insignificantes como en las más importantes hacer perceptibles las formaciones de territorios, los vectores de desterritorialización,

los procesos de reterritorialización”. El proceso va configurando un código hegemónico de la realidad a través de la caricatura que busca asegurar la simbólicamente la dominación masculina y el mantenimiento de la heteronormatividad. Como señala Eribon (1994), las categorías inferiorizadas, además de ser presentadas como monstruosas o ridículas, son frecuentemente asociadas con la enfermedad. La llegada del VIH al Uruguay fue rápidamente rotulada como la “peste rosa” y buena parte de las caricaturas asimilan sin ninguna problematización “sida” y homosexualidad (véase figura 2).



Figura 2. La asociación entre homosexualidad y sida es permanente en las caricaturas de la época (Guambia, Año I, Nro. 12, diciembre 1983:11)

Escorpio primero y luego también Somos intentaron enfrentar este discurso homofóbico buscando:

iniciar la lucha por la libertad sexual dentro de la cual se inscribe la defensa y el reconocimiento social de nuestra forma de sexualidad (...) Nuestro objetivo primero es romper el silencio, poner en circulación las ideas correctas sobre sexualidad; iniciar el debate público. Es necesario un nuevo orden erótico y la liquidación de la opresión y represión homosexual (...) El problema es la sociedad, sus prejuicios, sus tradiciones, su machismo, su homofobia (Pierre y Possamay s/fecha:22)

En esta lucha, la organización Escorpio no encontró aliados ni siquiera en los sectores de izquierda, ya que, como denunciaban:

Lamentablemente aun los sectores más progresistas de nuestra sociedad mantienen la misma postura reaccionaria y puritana en materia sexual. (...) Pero es la hora de iniciar la lucha: ¡por todas las libertades, por la libertad sexual! ¡Contra la opresión y represión homosexual! La homosexualidad es una alternativa de vida (Pierre y Possamay s/fecha:23)



Figura 3. La “libertad sexual” es excluida de la agenda social y política
(Guambía, Año II, Nro. 21, 1984:45)

Además, Escorpio buscó destruir el esquema de “roles rígidos existentes por sus derivaciones opresivas y autoritarias” y “destruir el folklore y la mitología que rodea el tema”, así como “desarrollar un movimiento de desbloqueo mental para repensar los conceptos aceptados habitualmente por la sociedad” (Documento Objetivos de la Fundación Escorpio del Uruguay 1985:1). Pero la restauración democrática por un lado y la recomposición hegemónica del modelo de masculinidad tradicional por otro frenaron este proceso y pusieron un férreo límite a las demandas sociales consideradas legítimas. La figura 3 lo expresa con una claridad meridiana: mientras son legítimas para el caricaturista la libertad de prensa, y la de los presos políticos, resulta inaceptable la aparición de la “libertad sexual”, en tanto aparece como fruto de excesos corporales no considerados positivos. Hasta dentro de la propia sexología, bastante sensible al placer y a la educación sexual integral, primaba esta idea de regulación ante los “excesos” democráticos. El reconocido sexólogo Armando Gomensoro lo planteaba sintéticamente en estos términos:

Antes era la prohibición indiscriminada, ahora la liberación absoluta (...) se está pasando de los viejos mitos represivos que montó el oscurantismo puritano para caer en el de los nuevos mitos libertinos, con iluminación psicodélica con que ahora nos encandila el erotismo de consumo (Jaque 18-11-1983:13).

4. CONCLUSIONES

La movilización política y social implica también batallas por la representación, los sentidos y el lenguaje. Escorpio intentó enfrentar la violencia simbólica en este nivel argumentando en contra de las representaciones ridiculizantes y estigmatizantes de la homosexualidad, denunciando el orden sexual existente y la relación íntima entre machismo y homofobia. De todas formas, al ser una organización pequeña, sin muchos recursos económicos, su presencia y lucha resultaron antes que nada testimoniales. *El Dedo* y *Guambia* lograron reforzar el modelo de masculinidad tradicional y responder así eficazmente a las transformaciones sociales demográficas y sociales, la aparición del movimiento de mujeres y de homosexuales. En el seno de los debates sobre la democracia y cuáles son los límites y transformaciones legítimos, se construyó un código hegemónico de la realidad a través del humor y la caricatura que buscó asegurar simbólicamente la dominación masculina y el mantenimiento de la heteronormatividad.

Así, la caricatura humorística en estas publicaciones cumplió funciones bien diversas y hasta cierto punto contrapuestas: por un lado fueron un arma para derribar el poder dictatorial establecido y erosionar subversivamente su peso y legitimidad social; pero, por otro, también una forma de castigo a lo nuevo y a lo diferente. El humor, confirman ambas publicaciones, puede ser conformista y extender y promover los prejuicios hegemónicos de una sociedad.

NOTAS

¹ El Partido Colorado es un partido histórico de centro derecha, de carácter urbano y matriz liberal, que durante casi todo el siglo XX estuvo en forma casi ininterrumpida en el poder por la vía electoral. El Partido Nacional es un partido histórico de centro derecha, tradicionalista y nacionalista, de arraigo rural y con sectores muy próximos a la Iglesia católica.

² El Frente Amplio es una coalición de partidos de izquierda creada en 1971 que triunfó en las elecciones nacionales en 2004.

³ La detención en “Averiguaciones” (Decreto Nro. 680/980 de la dictadura que no había sido derogado) en el nuevo régimen democrático fue utilizada por la policía montevideana para arrestar y detener personas durante 24 horas. Con este pretexto legal se realizaron durante estos años razias masivas entre los jóvenes y los boliches “homosexuales”. En 1989 surgió la Coordinadora Anti Razias, que convocó a varios grupos alternativos que no participaban de los sectores de izquierda partidaria ni de los sindicatos, a efectos combatir esta represión policial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAYCE, R. (1989) *Cultura política uruguaya*. FCU: Mdeo.
- BHABHA, H. (1994) *O local da cultura*. Belo Horizonte: UFMG, 1998.
- BUTLER, J. (1991) *El género en disputa*. Paidós: Buenos Aires, 2001.
- CABELLA, W. (1999) “La evolución del divorcio en Uruguay (1950-1995)” en *Revista Notas de Población*. Montevideo: Centro Latinoamericano de Demografía.
- CONNELL, R. W. (1995) *Masculinidades*. México: Pueg, 2003.
- DELEUZE, G. Y GUATTARI, G. (1991) *Qu'est-ce que la philosophie*. París: Minuit.
- ECO, H. (1968) *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Fábula, 1995.
- ERIBON, D. (1994) *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- FILGUEIRAS, C. (1995) *Sobre revoluciones ocultas: la familia en el Uruguay*. Montevideo: CEPAL.
- FREUD, S. (1905) *El chiste y su relación con el inconsciente*. Madrid: Ediciones Orbis, Vol. 5, 1988.
- MCADAM, D., MCCARTHY, J., ZALD, M. (Comps.) (1999) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Ediciones Itsmo.
- PIERRE, E. Y POSSAMAY, L. (s/f) “Hablan los homosexuales” en *La República*. S/fecha, mimeo.
- POSSENTI, S. (1987) “Estereotipos e identidad en los chistes” en *Cuicuilco*, 9 (24), enero-abril, 1-13. México: ENAH.
- PRATES, S. Y RODRÍGUEZ VILLAMIL, S. (1985) “Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia” en *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy* de Filgueiras, C. (comp.), 155-197. Montevideo: EBO, CIESU, CLACSO.

FUENTES

- Revista *El Dedo* (1982-1983)
- Revista *Guambia* (1983-1992)
- Revista *Jaque* (1984-1990)
- Documentos de la organización Escorpio. Biblioteca GLTB.